

RUBEN DARIO VISTO POR «AZORIN»

POR

JOSE LUIS CANO

Las relaciones amistosas y literarias entre Rubén Darío y algunos de los mejores escritores de su tiempo—Unamuno, Antonio Machado, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez—han sido estudiadas y se siguen estudiando por críticos españoles y americanos (1). Y no puede extrañarnos que así ocurra, porque, como se ha repetido mil veces, Darío fue una presencia activa y fecunda en la vida literaria española de los primeros ocho o diez años de este siglo, y aun antes, desde que pisó, por segunda vez, la península, en 1898. La mayoría de los poetas españoles de entonces, y al frente de ellos Antonio y Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Francisco Villaespesa, le consideran el más grande poeta en lengua castellana de ese momento, y le admiran como a un maestro indiscutido. Incluso Unamuno, pese a todo lo que se separaba de la estética modernista, supo reconocer la valía de Rubén, la calidad y hondura de su poesía. De los escritores del 98, sólo Pío Baroja no sintió la menor simpatía por la persona y la obra de Darío. ¿Y Azorín? ¿Cómo vio Azorín al poeta de *Prosas profanas*, qué imagen nos da de Rubén en sus escritos? Intentemos contestar, siquiera sea en apresurado apunte, a esta pregunta.

El conocimiento entre Rubén Darío y Azorín debió de producirse en el umbral del nuevo siglo, quizá en el mismo 1900. Fueron

(1) Para las relaciones entre Rubén y Unamuno, las más repetidamente estudiadas, puede verse el libro de MANUEL GARCÍA BLANCO: *América y Unamuno* (Madrid, Ed. Gredos, 1964); el trabajo de ELEANOR PARKER: «Unamuno y la poesía hispanoamericana», en el número VII de los *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, Universidad de Salamanca, 1956; y el capítulo «Rubén y Unamuno», de mi libro *Poesía española del siglo XX* (Madrid, Editorial Guadarrama, 1960). Las relaciones entre Darío y Juan Ramón Jiménez han sido examinadas en el notable trabajo de DONALD F. FOGELQUIST: «The literary collaboration and the personal correspondence of Rubén Darío and Juan Ramón Jiménez» (*Hispanic American Studies*, University of Miami, 1956). Puede verse también el artículo de Gastón Figueira: «La amistad Rubén Darío-Juan Ramón Jiménez», de la *Revista Nacional de Cultura*, núm. 178, noviembre-diciembre de 1966, Caracas. Sobre las relaciones entre Rubén y Antonio Machado ha escrito ANTONIO OLIVER en un artículo de la revista *Poesía española* (núm. 65, diciembre de 1957). Finalmente, acerca de la amistad entre Darío y Valle-Inclán y sus relaciones literarias, puede verse el libro de GUILLERMO DÍAZ PLAJA *Las estéticas de Valle-Inclán* (Edit. Gredos, Madrid, 1966).

amigos y sin duda se estimaban y admiraban mutuamente, aunque la amistad no llegase a ser estrecha. Las páginas en que *Azorín* nos habla de Rubén son numerosas; no tantas las que Rubén dedicó a *Azorín*. Si recorremos los tomos de las *Obras completas* de Darío —edición de Afrodisio Aguado— encontramos muy pronto una alusión, sin apenas juicio valorativo, a *Azorín*, cuando éste era todavía Martínez Ruiz. En una página de *España Contemporánea* —artículo titulado «La crítica»—, escribe Rubén: «Martínez Ruiz, curioso y aislado en el grupo de la juventud española que piensa». En otra página del libro *Opiniones* —capítulo «En Asturias»— le cita ya como «el perspicuo *Azorín*». Y en el prólogo de *El canto errante* también habla de «*Azorín*, mi amigo». Tres citas, y breves, entre las miles de páginas de prosa y verso que contienen las *Obras completas* de Rubén, en contraste con tantas páginas amables que dedicó a escritores españoles de segunda fila, e incluso a poetas de tercera, como Antonio de Zayas, parece demasiada tacañería. Afortunadamente, la publicación del libro de Jorge Campos *Conversaciones con Azorín* (Taurus, Madrid, 1964), ha salvado una admirable página de Rubén sobre el autor de *Los pueblos*, a la que luego he de referirme. Inexplicablemente, esa página, que *Azorín* dio por perdida y hace pocos años logró recuperar, no se incorporó nunca, que sepamos, a las *Obras completas* de Darío.

Pero veamos ahora, del lado de *Azorín*, las páginas dedicadas a recordar y a elogiar a Rubén. En varios de sus libros —al menos en «Leyendo a los poetas», en *Madrid*, en *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*, y en el citado libro de Jorge Campos— habla *Azorín*, con repetido elogio, del autor de *Azul...* Pero sobre todo tenemos un documento muy expresivo de la amistad y la admiración que sentía *Azorín* por Rubén. Es el relato de la visita que le hizo en el verano de 1905, cuando Darío veraneaba en el pueblo asturiano de San Esteban de Pravia. Esta visita parece que impresionó hondamente a *Azorín*, pues la cuenta por lo menos en tres ocasiones, en tres páginas distintas, luego publicadas en los libros que acabo de citar. En uno de ellos nos confiesa que aquella visita fue una página señalada en su vida, aunque página fuliginosa. Era noche cerrada cuando *Azorín* llegó, desde Oviedo, a San Esteban de Pravia. Le acompañaba Ramón Pérez de Ayala, que a la sazón vivía en la capital asturiana y solía ir a visitar con frecuencia a Rubén. En San Esteban, los dos amigos tuvieron que tomar una barquita para atravesar las aguas del Nalón, que forman una ancha bahía antes de su desembocadura en el mar. Al otro lado del río, en la pequeña aldea de La Arena, se hallaba la casa del poeta. Durante el breve viaje en la barca, una impresión

se le quedó vivísimamente grabada a *Azorín*. En la honda negrura de la noche, el chocar de los remos en el agua hacía saltar «un reguero maravilloso de chispas fosforescentes, lívidas, que brillaban y desaparecían en un segundo». Y el mismo fenómeno volvió a repetirse cuando, ya en la playa, las pisadas de los viajeros sobre las algas húmedas, dejaban una leve instantánea fosforescencia.

Cuando *Azorín* y Ayala llegaron a la casa del poeta—una casa chiquita, recuerda *Azorín*—eran ya las diez, y Rubén ya se había acostado. Les abrió la puerta una linda muchacha: «había en su cuerpo, fino y grácil, y en sus movimientos de adolescente, un encanto profundo». Unos momentos de espera, y apareció Rubén «con su sonrisa suave y sus ojos siempre entornados». Ese instante se quedó grabado en la retina de *Azorín*, que lo recuerda en varios artículos: «El poeta—nos dice en uno de ellos, recogido en su libro *Madrid*—se encontraba en una estancia de la planta baja, débilmente iluminada. Todo estaba en penumbra, y una lámpara trazaba con su luz un círculo brillante en la mesa. No veo a Rubén Darío. No le oigo hablar. No sé quién estaba con él. Veo la mancha amarilla de un libro, un libro nuevo de la colección del *Mercurio de Francia*. Esta amarillez virgínea del volumen, acaso intonso todavía, es lo que llena mi memoria». Pero en otra versión de esta visita a Rubén, la que recoge en su bello artículo «El poeta en la noche»—del libro *Clásicos redivivos. Clásicos futuros*—, recuerda *Azorín* más detalles: «Una lámpara arroja sus resplandores sobre unos libros nuevos, intonsos: *De Profundis*, de Wilde; *Pages choisies*, de Gobineau. En el fondo, por el ancho cierre de cristales junto al cual trabaja el poeta, se divisa la noche. El mar—nos dice Rubén—llega algunas veces, cuando hay tormenta, hasta lamer los muros de esta casa. Las barcas de los pescadores saltan entonces entre olas inmensas, luchando por entrar, en tanto que aquí, en la orilla, las mujeres gritan y rezan angustiadas...».

Medio siglo más tarde, en conversación con Jorge Campos, todavía recordaba *Azorín* aquella visita a Rubén y estas dos impresiones: la playa cubierta de algas, con la mancha fosforescente que surgía al pisarla, y el libro del *Mercure de France*, de portada amarilla, que ahora no es Wilde ni Gobineau, sino León Bloy.

En su libro *Opiniones*, publicado en 1906, dedica Rubén unas páginas—el capítulo «En Asturias», que cierra el volumen—a recordar su veraneo en La Arena, aquel verano de 1905. Nos habla Rubén de la vida que llevan los pescadores, de sus costumbres y tradiciones religiosas, de la fiesta de su patrón, San Telmo, y del eclipse de sol que atrajo ese mes de agosto a España a los astrónomos del mundo entero. Pero no hace ninguna referencia a la visita—¿quizá intempe-

tiva?—que le hicieron entonces *Azorín* y Pérez de Ayala. Y, sin embargo, Rubén no olvidó esa visita. A raíz de ella, escribió un artículo sobre *Azorín*—fechado en agosto de 1905 en San Esteban de Pravia—, que envió al diario *El Figaro*, de La Habana. Este artículo, titulado «La mentalidad española. Azorín», ha permanecido olvidado medio siglo, hasta que lo publicó Jorge Campos en sus *Conversaciones con Azorín*. Como es muy breve, y muy poco conocido, ya que no figura en las *Obras completas* de Rubén, me parece oportuno reproducirlo a continuación:

LA MENTALIDAD ESPAÑOLA. AZORIN

El mar había estado violento y tempestuoso. La noche había entrado, y llegaba hasta mí el ruido de las vastas aguas. De pronto me anunciaron: «Un caballero que pregunta por usted». Era *Azorín*.

Azorín es el seudónimo del escritor F. (sic) Martínez Ruiz, que representa en la Península lo que en Francia un Barrès, pongo por caso, en el concepto de que es para la juventud o para cierta parte de la juventud, un director espiritual. Martínez Ruiz comenzó violento y de combate y exprimió su iniciación herida por pequeñeces de la vida mental de la corte, en un planfletto ingenuamente feroz de joven terrible: *Charivari*.

Ya se veía entonces un escritor, y demostraba un carácter.

Es un carácter que sonríe por causa de cierta experiencia y de cierta intranquilidad innata que le viene de un íntimo don de grande filosofía. *Azorín* es de natural silencioso y suavemente hurafío. Recuerdo un pensar de Chamfort: «Il est presque impossible qu'un philosophe, qu'un poète ne soient pas misanthropes: 1.º parce que leur gout et leur talent les portent à l'observation de la société, étude que afflige constamment le coeur; 2.º parce que leur talent n'étant presque jamais récompensé par la société (hereux même s'il n'y est pas pouris), ce sujet d'affliction ne fait que redoubler leur penchant à la mélancolie». En *La voluntad*, en las *Confesiones*, en todas las obras posteriores hay una unidad de intelecto, que es, a mi entender, flagrante. *Azorín* experimenta mundo él mismo, las estaciones de su alma. *Azorín* casi siempre escribe a la sordina y mira a la acuarela. No por falta de vigor interior, sino más bien por causa de un extraordinario vigor que deliberadamente se contiene, haciéndose apenas ver por virtud de delicadeza aristocrática en felinas flexiones de musculatura. Ese gato es un tigre. En su aspecto hallaréis algo del *clergyman*, de un joven actor que no fuese *martwon*, del *scholar oxfordian*, del abate francés siglo xviii. Su ademán es comedido; su urbanidad, clásica y restricta; su hablar, pensado y económico. De pronto, no obstante, veréis cómo del arco rosado de su sonrisa inquietante, ha partido la más aguda flecha de una ironía aguda, penetrante, fina. A veces hace creer a las gentes que para andar se apoya en una muleta que se llama Montaigne, y en otra muleta que se llama Gracián. No creáis nada de eso. Tiene sus dos piernas sanas y anda solo maravillosamente.

Siguiendo una buena indicación para saber muchas cosas nuevas, lee muchos libros viejos. Medita, sabe del vivir, traduce los gestos de las cosas. Ni moraliza, ni emersonianiza, mas su filosofía encuentra a un lado y a otro conocimientos. No tiene nada que ver con el alcanismo internacional, ni pertenece a la capilla del más reciente modo de acomodar las ideas. Este pequeño filósofo trabaja para la eternidad. Sus personajes son los títeres de todos los días, representantes de nuestra pasajera comedia. Usted, yo, el otro; las máscaras de carne que lleva el fantasma que habita en nosotros. Y él mismo, naturalmente, que no podrá verse por dentro sin temblar.

Escribe puro, sencillo e intenso. ¡Al museo lo que se llamó escritura «artista»! Escribe con claridad de vida y también con «sangre», como aconseja el loco de Alemania. Como se escribió ayer, como se escribe hoy, como se escribirá mañana, así haya un alma sincera que transparente su diamante individual en lo oscuro de la tinta. Su diamante encontrado en lo hondo de sí mismo.

Azorín, cazador de sensaciones y perseguidor de almas, yerra por España, por los cotos del periodismo, o por las orillas del mar, o por la ancha llanura libre, que es muy de su placer. Tiene una escopeta modernísima de prodigiosos fulminantes y de finos perdigones que cribarían duendes. Tiene una red de seda ideal con que coge las más lindas mariposas. Sabe hacer buenas trampas para los osos sociales. Y para las palomas de la poesía, *Azorín* tiene un azor que se las caza sin hacerles daño y se las lleva vivas a la mano.—RUBÉN DARÍO. *San Esteban de Pravia*, agosto de 1905.

Artículo que, sin duda, halagó sobremanera a *Azorín*, y que debió de aumentar en unos grados la admiración y amistad que sentía por el autor de *Azul...* Lo extraño es que Rubén no lo incluyera en su libro *Opiniones*, que apareció en 1906, es decir, al año siguiente de escribir esa admirable semblanza del hombre y del escritor *Azorín*. Que éste supo agradecerse la, lo prueban las páginas, numerosas y entusiásticas, que consagró en varios de sus libros a Rubén y su obra. En dos artículos, principalmente, «El poeta en la noche» y «La nueva poesía», escritos ambos a raíz de la publicación de *Cantos de vida y esperanza*, es decir, en 1905, el mismo año del veraneo asturiano de Rubén, nos habla *Azorín* con entusiasmo de su poesía. Acierta sobre todo *Azorín* al señalar la evolución de la lírica rubeniana desde lo que llamaba Juan Ramón Jiménez el «modernismo exterior», a un lirismo más hondo y preocupado por el misterio y complejidad de la existencia, y por el destino dramático del hombre: «Rubén—escribe *Azorín*—ya no es el mismo artista de antes. Diríase que desde su penúltimo libro—*Prosas profanas*—hasta el último—*Cantos de vida y esperanza*—se ha transmontado en otro hombre. Antes era un poeta de elegancias, de ingenio, de mundanidad; los temas de Grecia y Versalles cautivaban su pluma; la forma armoniosa, el movimiento retórico, un gesto de gracia, un desdén elegante, era lo que encon-

trábamos en sus versos. Pero los años han ido transcurriendo inexorables; los entusiasmos y las ilusiones de la juventud han desaparecido. El poeta se ha reconcentrado en sí mismo y ha pensado en la vanidad de las cosas, ha visto que "la carne y la primavera acaban"; ha sentido que es angustioso el pesar que experimentamos de no haber alcanzado nuestra dicha en algunos instantes de la vida en que estuvimos abocados a ella, pero que es más angustioso todavía la amargura que el deseo satisfecho deja en nosotros; ha percibido, en fin, que todo camina hacia lo desconocido, que el Destino es ciego, que la evolución no tiene más plan ni más finalidad que ella misma... Y todo eso ha sido en él—son sus palabras—como un «terremoto mental»... Y esto, en un temperamento sensitivo, eminentemente lírico, es la duda, la tristeza, la noche... *Y no saber adónde vamos / ni de dónde venimos...*

En el otro artículo, «La nueva poesía», dedicado a comentar *Cantos de vida y esperanza*, señala Azorín que ese libro marca una época en la historia de nuestras letras, y después de llamar a Rubén «un visionario novísimo», aborda el problema de la nueva poesía, de lo que ha significado el modernismo como evolución en nuestra lírica. Pero aquí Azorín discrepa de lo que suelen afirmar los críticos y de lo que el mismo Rubén creía. La revolución poética de Darío, afirma, no consiste en una revolución de la retórica, en un «movimiento de libertad» anulador de las barreras entre el verso y la prosa, porque esa revolución estaba ya hecha desde Castelar. Desde entonces, todo se hace y está permitido ya en la poesía y en la prosa. La novedad y el trascendentalismo de la poesía de Rubén—escribe Azorín, completando su idea—no están en las audacias retóricas—que no las hay en su libro—, sino en la psicología que traducen y nos muestran sus versos. Pero ¿qué nueva psicología es esa? se preguntará el lector. La novedad consiste, explica Azorín, en que el poeta ya no se somete al sistema de congruencias que imperaba antes—«para dar una sensación se encadenaban, se encuadraban los detalles escrupulosamente, minuciosamente, con arreglo a la lógica conocida»—, sino que lo altera, hace tabla rasa de él. Ahora el poeta—Rubén—, para reflejar una sensación, no describe todos los detalles, sino destaca únicamente «el más sugestivo, el más representativo, el que presta a la cosa su esencia». De ahí, concluye Azorín, «esa indeterminación, esa vaguedad, que da a sus versos un aire de un deseo que nos sabemos lo que es, o de un ensueño, grato y doloroso, que no podemos precisar...».

En 1914—para ser exactos, el 27 de enero—fecha Azorín otro artículo sobre Rubén, que luego incluyó en *Leyendo a los poetas*. En

ese artículo, las alabanzas a la poesía de Rubén son mucho más encendidas y entusiastas. A ella se debe —escribe *Azorín*— «una de las más grandes y profundas transformaciones operadas en toda nuestra historia literaria. ¿A dónde, en lo pretérito, tendríamos que volver la vista para encontrar un tan hondo y trascendental movimiento poético realizado a influjo de un solo artista?» *Azorín* ve en la sensibilidad poética de Rubén dos notas esenciales: lo momentáneo y lo eterno: «he aquí todo el espíritu del poeta: el instante y la eternidad; alrededor de estas sensaciones supremas ha de girar toda la obra del poeta». Porque Rubén, añade *Azorín*, no es un poeta descriptivo, colorista. Al querer reflejar su visión del mundo, no nos da una imagen de ella, sino «el sabor de melancolía y desencanto que, después de *haber visto*, después de *haber comprendido*, nos queda en el alma».

Pero no sólo ensalza *Azorín* la poesía de Rubén. También nos habla con elogio de su persona, de su bondad. Una vez publicó *Azorín* un artículo en que —con ocasión de un proyecto de estatuas— juzgaba severamente la poesía de Campoamor y la de Núñez de Arce. Rubén, que se hallaba a la sazón en Mallorca, escribió entonces a *Azorín* una carta en que le decía, entre otras cosas: «Vi su artículo sobre Campoamor y Núñez de Arce. Ellos van quedando en su verdadero puesto, gracias al tiempo. Y luego, una estatua a un hombre de musas, *de todos modos*, siempre estará bien, antes que la gloria falsa de los caballeros particulares estatuificados o bustificados todos los días». Y Rubén terminaba su carta: «Admirándole y queriéndole, le digo: ¡Hasta pronto, *Azorín!*» En la frase *de todos modos*, veía *Azorín* encerrada toda la bondad, bondad indulgente y comprensiva, de Rubén Darío en su última etapa.

¿Hará falta añadir algo más para que quede completa, perfilada, la imagen que de Rubén Darío y su poesía quiso dejarnos *Azorín*? El autor de tantos libros admirables, de tantas bellas páginas, caladoras del tiempo y del alma, de ese *instante* y esa *eternidad* que él veía en los versos de Rubén, acertó a ver en el gran lírico de América a un hombre bueno y a un hondo poeta. Le admiró y le quiso, como le admiraron y quisieron otros grandes escritores del 98. «A Rubén Darío —escribe *Azorín* en *Leyendo a los poetas*— le quiere y venera la nueva generación de poetas; le queremos cuantos, amando la tradición clásica, gustamos de las sensaciones modernas». Tradición y modernidad que *Azorín*, como Darío, supieron fundir en la sensibilidad y en el arte de su tiempo.

JOSÉ LUIS CANO
Avenida de los Toreros, 51
MADRID